

EZEQUIEL KOPEL

# LA DISPUTA POR EL CONTROL DE MEDIO ORIENTE

*Un siglo de conflictos,  
del Imperio Otomano a la actualidad*

**ci** Capital intelectual

**argentina**

**siglo xxi editores**

www.sigloxxieditores.com.ar

**capital intelectual**

www.editorialcapitalintelectual.com.ar

guatemala 4824, c1425bup, buenos aires

**méxico**

**siglo xxi editores**

www.sigloxxieditores.com.mx

cerro del agua 248, romero de terrors, 04310, ciudad de méxico

**españa**

**clave intelectual**

www.claveintelectual.com

calle recaredo 3 - 28002, madrid

---

Kopel, Ezequiel

La disputa por el control de Medio Oriente: un siglo de conflictos, del Imperio Otomano a la actualidad / Ezequiel Kopel; editado por Creusa Muñoz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual, 2022.

360 p.; 20 x 14 cm. - (Claves del siglo XXI)

ISBN 978-987-614-658-6

1. Política Internacional. 2. Oriente Medio. I. Muñoz, Creusa, ed. II. Título. CDD 327.16

---

Director: José Natanson

Editora: Creusa Muñoz

Corrección: Juan Amitrano

Diseño de tapa: Emmanuel Prado

Diagramación: Adriana Manfredi

© Capital Intelectual, 2022.

1ª edición. Impreso en Argentina.

ISBN 978-987-614-658-6

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723.

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

# Índice

## **Introducción**

El nacimiento del Medio Oriente contemporáneo 15

## **Capítulo 1. 1922**

27

La caída del Imperio Otomano

## **Capítulo 2. 1938**

39

El descubrimiento del petróleo en Arabia Saudita

## **Capítulo 3. 1947**

51

Las Naciones Unidas determinan el establecimiento del Estado de Israel

## **Capítulo 4. 1951**

67

Nacionalización del petróleo de Irán

## **Capítulo 5. 1956**

83

Crisis de Suez

## **Capítulo 6. 1967**

99

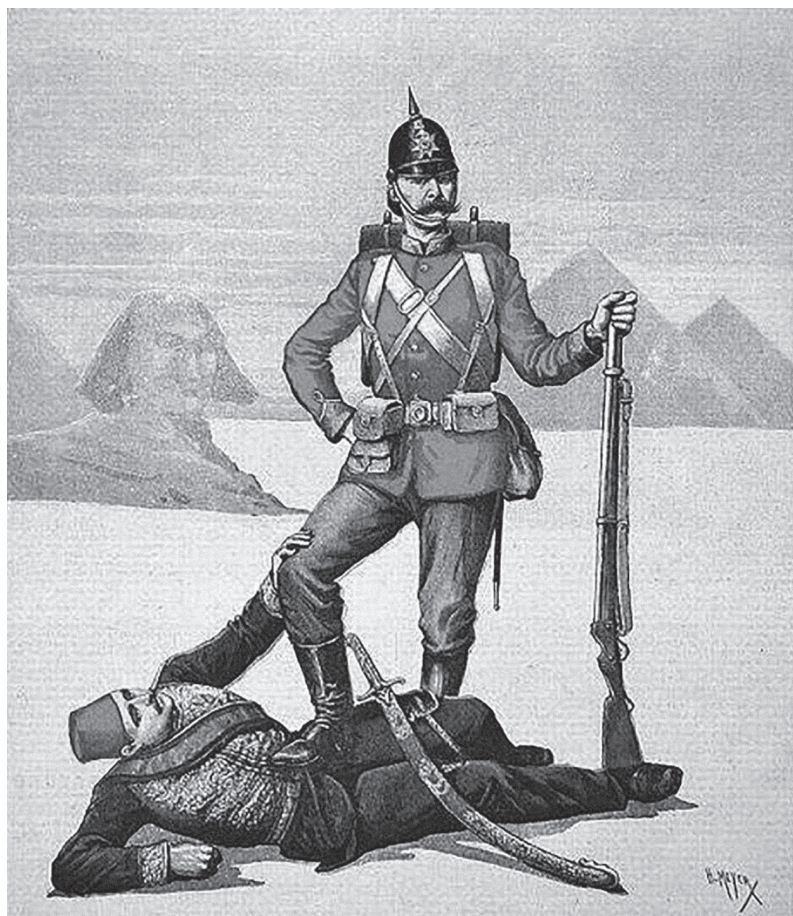
Guerra de los Seis Días

<b>Capítulo 7. 1973</b> Crisis del petróleo	115
<b>Capítulo 8. 1975</b> Comienza la guerra civil libanesa	127
<b>Capítulo 9. 1979</b> La instauración de la República Islámica en Irán	147
<b>Capítulo 10. 1987</b> Primera Intifada palestina	161
<b>Capítulo 11. 1991</b> Guerra del Golfo	173
<b>Capítulo 12. 2000</b> Segunda Intifada	191
<b>Capítulo 13. 2003</b> Invasión de Estados Unidos a Irak	205
<b>Capítulo 14. 2011</b> La Primavera Árabe llega a Egipto	219
<b>Capítulo 15. 2014</b> El Estado Islámico conquista Mosul	235
<b>Capítulo 16. 2015</b> Rusia interviene en el conflicto sirio	253

<b>Capítulo 17. 2021</b>	283
Retirada estadounidense de Afganistán	
<b>Epílogo</b>	311
<b>Cronología</b>	321
<b>Libros y referencias</b>	333
<b>Mapa de la región</b>	357

Agradecimientos:

A Jésica Tritten, Dacil Lanza y José Natanson



## Introducción

### El nacimiento del Medio Oriente contemporáneo

**E**n junio de 2014, el Estado islámico difundió una foto de sus combatientes destruyendo las barreras que marcaban el límite entre Irak y Siria. Según las propias palabras de la organización, la acción contenía la intención de borrar la demarcación de Sykes-Picot, en franca alusión al acuerdo secreto que el diplomático británico Mark Sykes junto a su colega francés François Georges-Picot, y con la anuencia del entonces Imperio Ruso, concluyeron en mayo de 1916 con el fin de repartirse Medio Oriente. La destrucción del trazado físico entre esos dos países tuvo como objetivo principal demostrar que los Estados de la región son creaciones artificiales articuladas por las potencias occidentales y que los musulmanes –sólo los de confesión sunnita– deben unirse en una única comunidad devota y religiosa.

Para los “yihadistas” la situación era clara: tanto Irak y Siria son Estados ficticios, funcionales a los poderes extranjeros y, por lo tanto, no poseen el apoyo de sus ciudadanos. Si bien,



en el caso de Irak y Siria, tal afirmación puede contener una verdad a medias, no todos los países de la zona nacieron producto de espurios pactos secretos foráneos, sino también de la voluntad propia de líderes autóctonos, como es el caso de Kemal Atatürk, en Turquía, e Ibn Saúd, en Arabia Saudita. Otros tantos, como Egipto, la segunda civilización más antigua de la humanidad, e Irán, antes Persia, fueron imperios que siempre han estado ahí, y lo seguirán haciendo con el correr de los años. Además, esa verdad condescendiente e históricamente incompleta, que trata de establecer la “eterna inocencia” de las poblaciones nativas, deja de lado la división entre sunnitas y chiítas que precede a la intervención europea (las tribus iraquíes, hostiles a los otomanos sunnitas, comenzaron a adoptar el chiísmo en los siglos XVIII y XIX), así como las acciones de un imperio “propio” como el Otomano, que duró 600 años, controló por la fuerza a numerosas poblaciones sunnitas y mantuvo oprimidas a las de confesión chiíta.

Vale recordar que las diferencias entre las dos ramas predominantes del Islam, el sunnismo y el chiísmo –las cuales han evolucionado durante el transcurso de un milenio y medio– comenzaron después de la muerte del profeta Mahoma, proveniente de noble clan de Quraysh, en el año 632 d.C. en el oeste de Arabia. Los chiítas insistieron en que el profeta debía ser sucedido por Alí, su primo y esposo de su hija Fátima, pero este principio dinástico fue rechazado por el grupo que luego se denominó sunnitas, quienes consideraron que el liderazgo del Islam debía estar en manos de notables del clan de Quraysh, a quien veían como califas (“vicarios del Profeta”). A pesar de que los tres primeros califas fueron los suegros de Mahoma, los principios sunnitas estipulan que cualquier hombre piadoso de la tribu de Quraysh puede ocupar

ese rol. Finalmente, Alí fue nombrado como el cuarto califa (y el primero legal según el chiismo) pero una disputa por su sucesión, al ser asesinado, separaría para siempre a sunnitas y chiítas: Hussein, nieto del Profeta e hijo de Alí, reclamaría ser su sucesor luego de que su hermano mayor se viese obligado a renunciar y encararía una fútil resistencia contra la dinastía gobernante de los Omeya, la cual terminará con su martirio (y el de todos sus acompañantes) en la ciudad de Karbala. Desde ese momento, los chiítas considerarían que los sunnitas (y sus consiguientes califatos) le habían robado su derecho divino (y de nacimiento) de conducir a los musulmanes del mundo.

El nombre del Estado Islámico, en árabe *Al-Dawla al-Islamiya fil-Iraq wa al-Sham* (Estado Islámico en Irak y al-Sham) refería a toda la zona del Levante antiguo, que precede en el tiempo al Medio Oriente actual y sus fronteras delimitadas por los poderes europeos. No es posible negar, en la confección del mapa actual de la zona, el legado histórico de batallas como la de *Chaldiran*, que en 1514 determinó los límites demográficos y religiosos del imperio persa Safávida y su contraparte otomana, demarcación que todavía, 500 años después, define el límite entre las modernas Irán, Turquía e Irak y es responsable del porqué y del lugar en el que viven las poblaciones chiítas actuales. Empero sí es acertado afirmar que sobre las espaldas de esos cuatro territorios –Turquía, Arabia Saudita, Egipto e Irán– y las intenciones colonialistas de Francia y Gran Bretaña, se concibieron otros cinco países que completarían la columna vertebral de lo que hoy se conoce como Medio Oriente: Siria, Irak, Jordania, Líbano, Israel y Palestina (a pesar de que hasta el día de hoy es un Estado que sigue sin ver la luz).

El pacto secreto entre franceses y británicos –revelado por los bolcheviques el 23 de noviembre de 1917 luego de la Re-

volución de Octubre– designaba áreas de influencia y control para los tres países en caso de una victoria contra Alemania, Austria y los otomanos. A Gran Bretaña se le otorgaría el sur de Irak, Transjordania, enclaves como los puertos de Acco y Haifa, y una porción de tierra comprendida entre el río Jordán y el mar Mediterráneo. A Francia le correspondería Siria, Líbano, el norte de Irak y el sudeste de Turquía. Y Rusia se quedaría con el estrecho de los Dardanelos –que conecta el mar de Mármara con el mar Negro y el Egeo con el Mediterráneo–, Estambul y los distritos armenios del Imperio Otomano.

Cuando el acuerdo se dio a conocer quedó en evidencia que la promesa hecha por el enviado británico a El Cairo, Henry McMahon, al custodio de La Meca, Hussein Ibn Alí, de la creación de un reino árabe en caso de vencer a los otomanos, podía tratarse de una peligrosa contradicción. Sin embargo, para Mark Sykes y sus lugartenientes, no había refutación entre la práctica y el compromiso, ya que en los años siguientes se crearían monarquías árabes independientes (indirectamente controladas por Gran Bretaña) y se promoverían los nacionalismos en la región (incluido el judío).

Si bien en 1914, 1915 y 1916 los británicos habían decidido patrocinar a Hussein y sus hijos como los líderes del Medio Oriente árabe de posguerra, en 1918 los oficiales de la Corona británica comenzaron a considerarlos “un peso” porque los involucraba en un constante conflicto con Ibn Saúd, futuro fundador de Arabia Saudita, a quien los británicos también apoyaban. En 1922 la situación era todavía más crítica y los enviados británicos ahondaban su desencanto con Hussein y sus hijos: a Faisal lo describían como “traicionero” y a Abdullah como “vago y poco efectivo”. No obstante, y a pesar de las dudas y la desconfianza, Faisal y Abdullah fueron los líde-

res que Gran Bretaña instaló como reyes de Irak y Jordania, respectivamente. A pesar de las adjetivaciones negativas sobre los nuevos monarcas, la decisión de continuar por un camino en el que ellos mismos habían dejado de creer no puede circunscribirse solo al deseo de cumplir con lo pactado, sino a un conjunto de situaciones y hechos que hacían muy difícil la posibilidad de desandar el camino ya iniciado.

El caso de Israel y Palestina es una clara muestra de este punto: en 1922, Gran Bretaña aceptó el mandato de la Liga de las Naciones (precursora de Naciones Unidas) para llevar a cabo el programa sionista que daría nacimiento al Estado de Israel, al que habían fomentado vigorosamente desde 1917, pero por el cual, comenzada la década del veinte, ya habían perdido toda confianza y entusiasmo, y en 1939 ya declaraban estar abiertamente en contra. Dadas estas complejidades, no es casualidad que en los años siguientes los británicos gobernarán Medio Oriente sin rumbo fijo y sus acciones evidenciarán esos vaivenes. Luego de destruir en mil pedazos –con la inestimable ayuda de los mismos turcos y otras poblaciones nativas– el antiguo orden de la zona, y de haber desplegado soldados, armamento y vehículos militares desde el sur de Egipto hasta el norte de Irak, ya no cabía otra opción que continuar con el gran plan imperial de rediseñar Medio Oriente.

Una de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial fue el rápido colapso del Imperio Otomano. Para ocupar el lugar vacante dejado por los otomanos, los europeos tuvieron que poner autoridades, delimitar fronteras, crear países e introducir sistemas de gobierno foráneos, aunque sin sofocar todas las oposiciones locales a esos movimientos. El miedo a una inestabilidad constante, propia de los avatares de la región, puede ser la explicación. Al fin y al cabo, no hubo demasiada

diferencia a lo ejecutado por las potencias en Europa luego del Tratado de Versalles de 1919: crear un mapa sin tener en cuenta las realidades confesionales y étnicas venían a contradecir la idea, de un siglo antes, sobre la “raza” y la “nación” en una región donde no hay razas “puras” y donde muchas veces los locales adoptan el lenguaje y la cultura de su invasor. Si bien al principio los británicos percibieron al Islam como el principal factor que debían controlar para canalizar sus planes, muy pronto reconocieron que las divisiones de la zona harían que el objetivo fuera una misión casi imposible.

El llamado que hizo Hussein, custodio de La Meca, el 27 de junio de 1916 –en el que se anunció como descendiente del mismísimo Mahoma y líder natural de la fe islámica convocando a la rebelión de la población árabe contra los otomanos– no produjo ninguna reacción en el mundo musulmán. Pronto, los británicos decidieron promover otras lealtades como competencia superadora a la religión. Claramente, los oficiales europeos conocían poco del Islam y su resistencia a las políticas de europeización y, por consiguiente, de modernización. Asimismo, hoy se hubieran sorprendido al ver la actual devoción al wahabismo en Arabia Saudita, la pasión chiíta que siguió al derrocamiento del Shah en Irán, la continua presencia de un movimiento como la Hermandad Musulmana en el mundo sunnita o el violento enfrentamiento político religioso en Siria e Irak.

El acuerdo Sykes-Picot, así como las alternativas propuestas por sus críticos, respondían más a lecturas y respuestas parciales de las circunstancias por la que atravesaba la zona y a las ambiciones de las potencias mundiales, que a un deseo fundamental de crear un nuevo Medio Oriente. La única razón por la cual esos límites duraron tanto tiempo se debió a que, luego

de la victoria aliada de 1918, esos poderes externos fueron los garantes de esa estabilidad. Un siglo más tarde, el único poder mundial capaz de garantizar la continuidad de esas demarcaciones, Estados Unidos, no está lo suficientemente seguro de querer mantenerlos tal como están y dejó que otros actores mundiales –como Rusia– o regionales –como Irán, Turquía y las monarquías del Golfo– intenten imponer su estrategia.

Cabe preguntarse qué sería hoy de Medio Oriente si el Imperio Otomano no hubiera tomado la decisión de entrar en la Primera Guerra Mundial o si resultaba victorioso. ¿La zona comprendida entre Egipto al oeste, Irán al este, Turquía al norte y Yemen al sur sería un territorio más estable? ¿O la región estaría hundida en un caos más profundo que el actual? Es cierto que es imposible saber qué hubiera pasado si el territorio otomano –repleto de diferentes religiones, credos y etnias– no fuera dividido después de su derrota en la guerra, pero ¿había alguna posibilidad de que no se desintegrara en un siglo XX caracterizado por el fin de numerosos imperios, junto a sus respectivos proyectos coloniales? La respuesta a ambas preguntas solo puede ser contestada con supuestos contrafácticos; sin embargo, el futuro del “hombre enfermo de Europa”, como se conocía al Imperio Otomano en el siglo XIX, estaba en estado terminal mucho tiempo antes de que comenzara la “Gran Guerra”: estancado económica y científicamente, era incapaz de seguirle el ritmo a sus rivales europeos. Asimismo, a medida que su poder disminuía, y a pesar de los intentos modernizadores, el Imperio se transformaba en una entidad mucho más opresiva y reaccionaria. Esto se dio, especialmente, en el marco de la pérdida de un importante territorio a manos de potencias extranjeras como Rusia, junto al enfrentamiento con diversos nacionalismos en Europa y las regiones árabes.

De no haber ocurrido la Primera Guerra Mundial, es tan posible como improbable que una realidad alternativa que contemplara la autodeterminación local y la integración regional –similar a una confederación de Estados-nación– hubiera aparecido en gran parte de Medio Oriente. No obstante, vale recordar que los protagonistas de la Primera Guerra Mundial aún no eran plenamente conscientes de que en los descuidados dominios del Imperio Otomano estaban ubicadas las mayores reservas de petróleo del mundo. Y si lo hubieran sabido, es probable –tal como lo demuestra el devenir de su propia historia– que la lucha por el control de la zona se tornase mucho más violenta y brutal.

Los Estados nacionales son una idea reciente, por lo tanto, no había Estados, tal como los conocemos en la actualidad, en Medio Oriente antes de la Primera Guerra Mundial. Si bien no todos los que existen en la región fueron impuestos por las potencias europeas, a principios de siglo, muchas de sus fronteras fueron delimitadas y fabricadas en Europa: los mapas de Irak, Kuwait y Arabia Saudita son decisiones británicas (Jordania directamente es una invención inglesa) y los límites entre musulmanes y cristianos en Siria y Líbano fueron “dibujados” por los franceses. El capricho con el que Francia y Gran Bretaña reformularon los límites de las antiguas provincias árabes del Imperio Otomano fomentó la percepción de que todos los males de la región son producto de una conspiración internacional, sentimiento que se convirtió en una obsesión local y contamina a estas sociedades hasta el día de hoy.

Los poderes europeos creían en esa época que podrían alterar la Asia musulmana en la estructura misma de su existencia política y, para realizar esa acción, introdujeron un sistema estatal foráneo que convirtió a Medio Oriente en una zona de

países que, incluso en muchos casos hasta el día de hoy, no se convirtieron en naciones. De esta manera, la base de una milenaria vida política, regida por la religión, fue desafiada principalmente por los británicos –que impusieron el nacionalismo o la lealtad dinástica–; más tarde por estadounidenses –que forzaron el capitalismo– y soviéticos –que instaron al socialismo–. En cambio, Francia sí permitió que la religión sea la base de la política nacional. En la década del veinte, los franceses conformaron en la tierra de Siria y el Líbano actual, seis Estados transitorios que incluyeron administraciones cristianas, drusas, sunnitas y alawitas, pero para dominar e influir a las poblaciones bajo su control, no tuvieron mejor idea que enfrentar a las diferentes creencias una contra la otra. Parte de esas consecuencias pueden apreciarse en las luchas que despedazaron al Líbano en los años 70 y 80 y, ahora, a Siria. No obstante, el Ayatollah iraní Ruhollah Khomeini en el mundo chiíta y la Hermandad Musulmana en el ámbito sunnita llegaron para cuestionar órdenes extranjeras del siglo pasado. Actualmente, la aparición del fundamentalismo religioso y su intención de reavivar un orden religioso –el Califato– abandonado hace casi 100 años, aporta otra arista a un territorio atrapado en una tensión constante entre el pasado propio y un posible futuro importado.

Sin lugar a dudas, el colonialismo europeo también dejó su impronta (buena o mala según las diferentes opiniones) en la región. En la primera parte del siglo XX, Irán, Irak y Egipto eligieron parlamentarios, primeros ministros y fundaron partidos políticos. En la segunda mitad, aparecieron los partidos nacionales, muchas veces dentro de un sistema de partido único, que justificaron su accionar poco democrático como la “única” respuesta posible a la lucha por la independencia



de los imperios coloniales occidentales. Más tarde, se implementaron reformas agrarias, se desarrollaron grandes sectores públicos y se promovió la industrialización. Sin embargo, los partidos nacionales terminaron siendo apéndices de muchos presidentes vitalicios deseosos de entregar el poder a algún elegido de prole extendida. Las interminables redes de Estados militares, apoyados siempre en una policía secreta lista para aplastar toda disidencia, completaban la pintura de los mal llamados Estados de Derecho de la región. Estos gobernantes también implementaron políticas neoliberales de privatización bajo la presión de Washington junto a sus instituciones aliadas. Procesos siempre atravesados por una corrupción endémica donde las familias gobernantes manipulaban al Estado que gobernaban para favorecer a parientes y amigos.

Las grandes potencias han tenido un enorme impacto en la economía política y las ideologías de la región. Aunque, cabe destacar, que esta situación no hubiera sido posible a través de los años sin la inestimable ayuda de los líderes autóctonos. La concepción de que todos los males de Medio Oriente se debían sólo a la acción externa de los poderes imperiales es históricamente parcial: la expansión de grupos fundamentalistas islámicos o de líderes autoritarios debe más su crecimiento a los profundos errores cometidos por gobiernos sectarios y personalistas que a la “artificialidad” de los Estados de Medio Oriente. Resulta difícil creer que la destrucción de Estados denominados “artificiales” como Irak o Siria, que desde hace más de 100 años se convirtieron en instituciones nacionales insignia, fomentando un profundo sentido de identidad en la gran mayoría de los ciudadanos, vayan a traer algo parecido a una nueva paz.

Si bien la conformación del mapa de Medio Oriente, como se lo conoce en la actualidad, es consecuencia del desmem-

bramiento del Imperio Otomano y las decisiones tomadas por los países aliados durante y después de la Primera Guerra Mundial, la legitimidad de los Estados de la región, como bien escribe David Fromkin en su libro *Una paz para terminar con toda paz*, siempre fue producto del mismo cóctel: la tradición, las raíces de su fundador y la fuerza. De otro modo, no hubieran podido nacer.